

¿QUÉ HACES AQUÍ ELÍAS? 1R 19, 9-18

El principio del capítulo 19 nos presenta a un profeta Elías que huye para salvar su vida. Es un camino dramático el de Elías: perseguido por la reina Jezabel, tiene que huir y pasar cuarenta días caminando por el desierto, sediento, cansado hasta que llega al monte Horeb, el mismo en que había tenido lugar el encuentro de Moisés con Yahvé. Después de un largo caminar sin sentido, su desesperación llega a tal grado que le pide a Dios la muerte, ya no le interesa nada, siente que su misión está acabada, pero sobretodo es presa del miedo.

Son muchas las ocasiones en las que el miedo nos paraliza e incluso deseamos la muerte, pero Dios en cambio nos envía constantes pruebas de su amor, la más grande la Eucaristía, que nos da la fuerza necesaria para seguir caminando hacia Él y ir descubriéndole poco a poco a la par que nos descubrimos a nosotros mismos. ¿De qué tengo miedo?

Elías estaba agotado en aquel desierto. Estaba rendido tras la gran presión que significó declararse a favor de Dios en un ambiente pagano. Nosotros hoy, vivimos en tiempos de hipertensión, frustración, depresión, debilidad nerviosa, estrés, desánimo, tristeza, y agotamiento. Elías era fuerte, era hombre de mucho ánimo. Tenía una apariencia exterior ruda, pero en su interior, era un hombre muy sensible, dominado por sus emociones. Incluso él que parece tan fuerte le llega a pedir a Dios que le quitara la vida.

Elías necesitaba descanso. Y el Señor lo sabía y entonces le hizo dormir. Así, cayó en un profundo sueño. También necesitaba alimento nutritivo. Por eso, al despertar encontró una torta cocida sobre las brasas. Fue el Señor quien consoló a Elías, le alimentó y luego le hizo dormir otra vez. Y así, le volvió a alimentar por segunda vez. Fortalecido por el sustento provisto milagrosamente por Dios, Elías fue hasta el monte Horeb, en el cual la ley había sido dada a Moisés.

Al llegar al monte escucha la voz de Dios que le cuestiona ¿Qué haces aquí? A lo que él responde “ardo de amor”. Ese amor ardiente que es una de las grandes características de los profetas y discípulos; sólo el amor puede llevar a seguir, pero también a descubrir a Dios en lo más íntimo de nuestro ser, en lo ordinario, en una brisa suave... ¿Qué haces aquí? le vuelve a preguntar y Elías responde igual, pero con la diferencia que en esta segunda ocasión, la respuesta es más consciente, por eso Dios decide enviárle a la misión.

Dios es dueño de todo y sondea nuestros corazones, es por eso que como a Elías nos esta preguntando ¿Qué haces aquí? Para descubrir la respuesta en lo más íntimo de nuestro ser, de nuestro corazón debemos preguntarnos :¿Qué hago aquí?

A quien arde de amor celoso por Dios, Éste le manifiesta su ternura, más allá de todo lo que pueda imaginar, se da a conocer en la brisa suave, en lo más ordinario de nuestras vidas, en lo que pudiera parecer insignificante, allí es donde Dios nos manifiesta su amor. ¿Cómo puedo enseñar a mis hermanos e incluso a mi mismo a encontrar/ a ver a Dios en lo ordinario?

Dios le pregunta a Elías: «¿qué haces aquí?». Como diciendo: ¿cómo es que has abandonado la ciudad, a donde yo te había mandado a ser mi profeta? La respuesta de Elías es la respuesta de un profeta que sufre por Dios: «los israelitas han abandonado tu alianza».

También los profetas cristianos saben lo que es el cansancio, la persecución, la soledad. En nuestra historia de hoy son los períodos de desierto. Pero a cada uno de nosotros nos espera Dios, en el momento y modo menos pensado. En una cueva, en el desierto o en la ciudad. Él corrige nuestras prisas y nuestro temperamento, a veces no válido para el estilo de Dios. Elías lo quiere arreglar todo con fuego y acciones espectaculares: no es la manera de actuar de Jesús, que tuvo mucha más paciencia y actuó con amable persuasión y tesón. ¿Cuál es nuestro temperamento? ¿buscamos a Dios sólo en el fuego y el terremoto, o le sabemos descubrir en las cosas sencillas y humildes?

Tal vez, si nos hemos desviado del camino y nos hemos dejado llevar por el desánimo, hoy Dios nos pregunta: «¿qué haces tú aquí?». ¿Cómo puede animar a los demás uno que está desanimado? Dios nos ha mostrado y señalado un campo en el que podemos trabajar para bien de los demás; no debemos bajar los

brazos y rendirnos. Claro que en ocasiones sufriremos, como Elías, porque muchos en esta sociedad, «han abandonado la alianza y han derribado los altares de Dios»; pero eso no es motivo suficiente para desistir.

Ahí es cuando debemos recordar estas palabras de Dios: «desanda el camino, vuelve», porque hay mucho por hacer en este mundo, dando testimonio, anunciando la buena nueva, denunciando la injusticia y buscando sucesores para la misión. No te canses de ser mi testigo.

A pesar del prodigio que había realizado, Elías siguió estando bajo amenaza de muerte por Jezabel y de ahí que se alejase por el desierto hacia el sur de Judá, deseando su muerte por inanición. Pero el ángel del Señor le hace encontrar dos veces una hogaza de pan y una jarra de agua, y le dice que se alimente en vistas al largo camino que le llevará al Horeb, es decir, al monte Sinaí. Una vez allí entró Elías en la gruta para pasar la noche.

Elías manifiesta la angustia que siente frente a la perversión de su pueblo; se ha quedado solo (vv. 10 y 14) en la defensa de la religión de los padres. Pero Dios le confirma su vocación presentándose ante él. Dios se manifiesta ante Elías en el «tenue murmullo del silencio», como para ayudar a Elías a mirar en su interior, para que encuentre en la «gruta del corazón» al Señor en el que habría de encontrar la fuerza para reemprender el camino. El profeta se cubre el rostro en señal de respeto al ser consciente de que nadie puede ver el rostro de Dios y seguir con vida.

Elías marcha en busca de Dios, lo busca con todo el alma y el corazón, porque sabe que su pueblo le necesita porque no saben oponerse con todas sus fuerzas a la tiranía de la reina. El profeta quiere ir a los orígenes, al Dios del Sinaí, de la Alianza, de los mandamientos. Casi sin fuerzas, se refugia en una cueva lleno de miedo y se le anuncia el "paso" de Yahvé. Porque Dios siempre pasa por la vida de las personas y de los pueblos, pero no lo hace de cualquier forma y manera. También para Elías, un luchador yahvista, es necesaria una purificación.

Dios no aparecerá como lo esperaba el profeta: primero hubo un viento fuerte, después un terremoto y finalmente fuego. Pero allí no estaba Dios, dice el texto con mucha intencionalidad. Esas son las expresiones simbólicas con las que se han asociado siempre las manifestaciones divinas en la antigüedad. Es toda una lección que debía aprender, quizás para hacerle entender que no puede luchar con las mismas armas contra Jezabel y su religión.

¿Dónde está Dios? En el silencio. Hay una voz, pero en el "silencio profundo" o sutil, imperceptible, como la seda. Y es ahí donde Elías tiene que notar la presencia y la manifestación de Dios, en la brisa de su alma y de su corazón. Ese silencio de noche oscura, que experimentan los místicos pero que también podemos llegar a experimentar nosotros si sabemos escuchar. Es una manera sencilla, humana y entrañable que usa Dios para acompañarnos de verdad en nuestra existencia.

Dios está presente siempre, se manifiesta incluso en el infierno de muchas noches y de muchas venganzas, para estar del lado de los que sufren y son atacados por los poderosos. Es cierto que nos gustaría, que le gustaría a todo el mundo, que Dios fuera tan terrible como Jezabel para dar el merecido castigo a todos aquellos que se lo han ganado. Pero en la "voz de un silencio sutil" Dios es más Dios de verdad.

Al revisar la historia de Israel podemos ver reflejada en ella nuestra propia historia, nuestras propias actitudes de rebeldía, como hoy nos lo hace ver el profeta. Pero no olvidemos también que en ella vemos que Dios, a pesar de todo, se mantiene fiel a la Alianza y continúa enviándonos profetas y líderes, que con su palabra y su testimonio de vida nos animan y corrigen para que continuemos nuestro camino y volvamos de nuevo a la fidelidad y al amor a nuestro Señor.

No seamos, pues, sordos a esas voces que resuenan en nuestras oficinas, en nuestras iglesias y en nuestras plazas invitándonos a una conversión más profunda, a abandonar el pecado y a volver nuestro rostro hacia Dios. Pidamos a Jesús, el buen pastor, que continúe suscitando entre nosotros hombres y mujeres que, como Elías, sintamos ese profundo "celo" por las cosas de Dios; para que nunca falte la fe en nuestro pueblo, en nuestra familia y en nosotros mismos.

"El Señor le dijo: Sal fuera y ponte en el monte delante del Señor." En ese momento pasaba el Señor, y un viento fuerte y poderoso rompía los montes y quebraba las peñas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Tras el viento hubo un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto.

Después del terremoto apareció un fuego. Después de todo, Elías era el hombre que hizo descender fuego del cielo en el Monte Carmelo, así que esta manifestación seguramente le agradó también. Pero resulta que Dios no estaba ni en el viento huracanado, ni en el terremoto, ni en el fuego. Sin embargo, después del fuego vino un sonido suave y delicado. Y esto fue algo que no debió agradarle tanto a Elías. Él nunca había escuchado esa clase de voz, pero tuvo que aprender que Dios también actúa de esa manera tranquila. ¡Cuán maravilloso es ver obrar a Dios de esta manera! Estaba enseñando a Elías una gran lección. La batalla en verdad no había sido ganada en el monte Carmelo por medio del fuego que descendió del cielo. Dios actúa de manera misteriosa, sin ostentación, para realizar sus obras magníficas. Dios se mueve de una forma silenciosa. Dios se sirve de las cosas pequeñas para llevar a cabo sus planes y propósitos. Alguiendijo que las puertas grandes giran sobre goznes pequeños. Y Dios usa esos elementos pequeños para abrir puertas importantes. Y eso es lo que le faltaba aprender a Elías.

Muchos de nosotros podemos identificarnos con Elías. Algunas veces en nuestras familias o comunidades estamos rodeados de no creyentes y tenemos la sensación de ser los únicos testigos de Cristo. Aunque nosotros no lo sepamos, Dios sabe qué designio tiene para nosotros, qué servicios, qué pruebas, y Él se encargará de darnos la gracia suficiente.

El ¿qué haces aquí, Elías? de Dios no es una pregunta sino un reproche. A menudo nos corresponde preguntarnos si estamos en nuestro lugar, y en la senda del deber: ¿estoy dónde debo estar? ¿A dónde me llama Dios, dónde está mi obra, y dónde puedo ser útil? Elías se queja de la gente y de su obstinación por pecar; "yo soy el único que queda".

¿Fue hasta allí Elías para encontrarse con Dios o descubrirá que Dios es quien sale a su encuentro? El viento, el terremoto, el fuego no le hicieron taparse la cara, pero sí el silbido suave y apacible en el silencio. Las almas bondadosas se ven más afectadas por las tiernas misericordias del Señor que por sus terrores. La suave voz de Aquel que habla desde la cruz, o del trono de la gracia, va acompañada de un poder peculiar para tomar posesión del corazón.

Como le sucedió a Elías, cuando nos centramos en las confusiones de la vida, el caos de este mundo, podemos apartar nuestros ojos del Señor y desanimarnos. Dios se muestra a sí mismo en obras asombrosas de poder y juicio, tales como el viento, el fuego y los terremotos. Pero Él también se relaciona íntima y personalmente con nosotros, como por ejemplo con un silbido apacible. Dios suplente nuestras necesidades físicas, nos anima a examinar nuestros propios pensamientos y comportamientos, nos instruye en cómo actuar, y nos confirma que no estamos solos. Cuando estamos atentos a la voz de Dios y caminando en obediencia con Su Palabra, podemos encontrar aliento, victoria y recompensa. Elías luchó contra debilidades humanas comunes, sin embargo, fue usado poderosamente por Dios. Puede que no actúe en nosotros con esas muestras de poderío milagrosas, pero si nos rendimos a Él, Dios también puede usarnos poderosamente para los propósitos de Su reino.

El Señor, una vez más, actúa de manera completamente inusual. A Elías le dice: "Sal afuera y ponte de pie en el monte, delante del Señor" (1 R 19,11). Sin duda, Elías lo hizo con temor e inseguridad. Quizás se preguntó a sí mismo: "¿Para qué quiere Dios que salga afuera?". La pregunta que se hizo Elías sigue siendo válida hoy para muchos de nosotros, cuando no comprendemos los planes del Señor. Muchas veces deseamos permanecer dentro de nuestra "cueva", o de nuestra "torre de marfil" por ese mismo temor e inseguridad, pero desde allí no siempre podemos percibir la majestad de Dios.

Elías empezó a escuchar algo que no podía describir. Era un sonido que parecería provenir del espacio, del infinito. No era fuerte, no era intenso. Era un sonido agradable.

"¿Qué haces aquí, Elías?" ¡Cuántas veces nos sentimos y actuamos así, como el profeta! Elías vuelve a quejarse ante Dios por la infidelidad del pueblo de Israel. Habla de su celo por Dios, que sin duda lo tenía. Censura la apostasía de Israel, que indudablemente existía. Denuncia el asesinato de los profetas, que

también era cierto. Y luego agrega: "He quedado yo solo y me buscan para matarme". Creo que Elías está diciendo algo así como: "Yo me quiero morir, pero no quiero que me maten". El Señor, en su misericordia, no lo reprende. No le dice, como quizás lo haríamos usted o yo: "¿No te da vergüenza asustarte por las amenazas de una mujer?".

Elías escuchaba con atención lo que el Señor le estaba diciendo cuando de pronto, sus ojos se abren como platos. El Señor le dice: "Pero yo he hecho que queden en Israel siete mil, todas las rodillas que no se han doblado ante Baal y todas las bocas que no lo han besado" (1 R 19,18). El Señor los conocía uno por uno. Había visto que, llegado el momento, hubo quienes no se entregaron a la idolatría ni se sometieron al rey Acab, sino que fueron fieles al Dios verdadero.

Elías creía que era el único, que no había nadie más sirviendo al Señor, e ignoraba que él aún tenía siete mil hermanos fieles. ¡Qué reconfortante es saber que en todas las épocas el Señor ha podido contar con personas que no se han arrodillado ni besado a los falsos ídolos de este mundo! Muchas veces creemos que estamos solos y nos olvidamos de que el Señor no sólo sabe que existen más creyentes sino que cuenta con ellos (Jn 17,6). ¡Qué beneficioso le hubiera sido a Elías tener comunión con algunos de esos siete mil hermanos!

El profeta comienza su camino de retorno. Otra vez las mismas montañas, el mismo desierto y el mismo cielo con su sol incandescente. Pero si nos acercásemos y nos fijamos con atención, veríamos a un hombre que ha cambiado, porque ha tenido una revelación de Dios. Ahora no mira hacia el suelo y su rostro no expresa la tristeza que tenía al huir de Jezabel. El Señor le ha enseñado una lección imborrable. Dios le ha dado una nueva misión. Le ha reformado, dándole nuevo gozo y fortaleza.

En muchas ocasiones me he hecho la misma pregunta que el Señor le hizo a Elías y os pregunto a vosotros: "¿Qué hacéis aquí, en vuestra vida privada, en vuestra vida social o vuestros trabajos? ¿Qué hacéis en vuestras familias y qué hacéis en vuestra vida espiritual? Y no olvidemos: ¿Qué hacéis en la iglesia local?".

Después de esta experiencia, no leemos que Elías se deprima de nuevo tras la revelación. Creo que es interesante fijarnos en que cuando Dios escogió a las dos personas que estarían junto al Señor Jesucristo en el monte en el cual tuvo lugar la transfiguración, se decantó por Moisés y Elías, siendo este último un hombre que un día llegó a estar tan deprimido que quería morir. Así que no olvidemos esto cuando las tormentas nos azoten, ¡qué hermoso es poder recurrir a las palabras de Jesús, que son como un silbido apacible y delicado!: "La paz os dejo, mi paz os doy. No como el mundo la da, yo os la doy. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo" (Jn 14, 27).

Vivimos en un mundo saturado de distracciones y ruidos perniciosos e insoportables. Pero no olvidéis que cada uno de nosotros puede decidir qué sonidos quiere escuchar. Tenemos el control sobre el tiempo que dedicamos y el tipo de programas que vemos en la tele, en la música que escuchamos, la gente de la que nos rodeamos, las webs que visitamos... Quizás sea todo ese bullicio lo que no me está permitiendo escuchar el sonido apacible y delicado de la voz de Dios.

Hna Karolina